

## Las elecciones italianas y la democracia

*Alderdi*, 275. zk., 1972-05.

Los que llevamos algunos años en Roma y hemos perdido ya el miedo al coche, ese animal de lata que se ha apoderado hasta de las venerables calzadas romanas, ya estamos curados del espanto a la española de presenciar esta jornada a la italiana del sufragio universal, libre y secreto. Muchos amigos italianos se están quejando, y con razón, de los comentarios alarmistas e interesados a que se dedica "cierta prensa extranjera" que no ve con buenos ojos, ni la posición progresista de la Democracia Cristiana italiana, ni los éxitos que está obteniendo en lo económico y en lo social.

Es verdad que Italia ha tenido problemas durante estos últimos años; muchos.

Pasó primero por un largo período bravucón y engreído de Fascismo, un fascismo castrador de civismo, y formó parte del Eje que perdió la segunda guerra mundial, y le tocó ser, al final de esta larga sangría de guerras en Etiopía, en España y en los frentes de Europa, el solo país que vivió la grave incertidumbre de oscilar entre los dos polos que ganaron la guerra: Estados Unidos y Rusia. Luego viene, 1) un tiempo en que los italianos llaman de *reconstrucción*, parecido al de otros países que han perdido la guerra, pero que Italia, gracias a la ayuda norteamericana, aceleró mucho; 2) la creación de las *nuevas estructuras políticas de tipo democrático*, tarea muy difícil teniendo en cuenta la enorme fuerza que el Partido Comunista adquirió aquí durante el largo período dictatorial de derecha creadora de un vacío de instituciones propicia para irse lejos en el movimiento pendular opuesto, el de la izquierda, tal como ha ocurrido en otros países también (un ejemplo: Cuba), y sólo después de la amplia victoria de la Democracia Cristiana en las elecciones de 1948 comenzó a dar sus primeros pasos la democracia italiana; y 3) obtener para Italia *un puesto digno en el contexto internacional*.

La democracia es difícil, y la italiana esta pasando todavía por años de duro aprendizaje.

Cualquier negador puede decir que después de 24 años de liderazgo de la Democracia Cristiana las cosas no han ido muy allá: por una parte, el desempleo es muy alto, porque alcanza a más de un millón de trabajadores, lo que supone un poco más del 6 por ciento de su capacidad total; los hospitales no disponen de todas las camas que necesitan los enfermos que hay: la Universidad de Roma fue construída para 12000 estudiantes y tiene hoy 93000. Por la otra, Italia ha sufrido el rosario de nada menos que 34 gobiernos desde Mussolini, y su tremenda burocracia (un ejército civil de 1790000 empleados del Estado) se come cualquier presupuesto, hasta el que está destinado a las obras públicas. Todo esto, y más, es cierto. La crisis explosiva de crecimiento y desarrollo en todos los campos socio-políticos no perdona a nadie. Pero a pesar de las enormes cargas económicas de la postguerra, Italia ha alcanzado en libertad una renta *per capita* de 2000 dólares, dos veces la que ha logrado la España franquista sacrificando durante estos larguísimos años los derechos políticos, los civiles y los simplemente

humanos. Las cargas políticas de Italia han sido considerables, pero a pesar de la natural erosión de los partidos en el poder la Democracia Cristiana ha obtenido en estas elecciones el 38,8 por ciento de los votos frente al 39,1 en 1968, y el Partido Comunista ha conseguido subir de un 26,9 por ciento a un 27,2 por ciento. Esta confrontación cerrada y las ganancias del Partido fascista que se esconde detrás del Movimiento Social Italiano ha pasado del 4,5 por ciento de los votos al 8,7 por ciento (ganancias que ha rendido el desempleo a las dos tendencias radicales) son lo más destacado del resultado electoral.

Pero hay una consecuencia fundamental que se puede sacar de este enfrentamiento político: ha sido un ejemplo de civismo.

La confrontación electoral de Italia, un país de características humanas y culturales comparables a las de España, ha sido ejemplar en todos sus aspectos de *propaganda* (rigurosa igualdad de acceso de todos los partidos con representación parlamentaria a la radio y a la TV, igualdad de espacios para carteles, letreros de tela y anuncios luminosos de organización local, y también la misma oportunidad de tribuna en plazas para los mítines organizados desde la escala nacional hasta la del municipio) y de civilidad (el pueblo italiano ha sido espectador y actor de este enfrentamiento sin ensuciar un muro, sin gritos malsonantes en los mítines donde han convivido sin dificultad el que ha aplaudido con el que se ha guardado las manos en los bolsillos). He tenido oportunidad de observarlo muchas veces en las plazas de Roma, donde las claques de los partidos extremistas organizadas (las comunistas gratis, las fascistas con jóvenes pagados a razón de 8.000 liras –algo más de 800 pesetas– cada uno y por día) resultaban disonantes por la unanimidad con que iniciaban los aplausos y los vivas en grupo cerrado.

Esa, la de la ecuanimidad de la población ante el alarde de propaganda, a veces bastante ruidosa, es una consecuencia importante que deben sacar aquellos que especulan con el Diluvio que va a venir detrás de ellos.

Otra de las consecuencias a tener en cuenta por nosotros, los vascos: no se pronunció durante esta campaña una sola voz discordante acerca de la *Regionalización* que se está llevando a cabo en Italia. Todos los partidos, desde la extrema izquierda hasta la más derecha, la fascista, acepta ya como una conquista este régimen de descentralización que va de menor a mayor desde las simples regiones administrativas hasta las histórica y culturalmente diferenciadas que gozan, además, de una gran autonomía cultural y política. En el caso de la reforma regional italiana es importante la filosofía que la inspira: como dicen los portavoces de la Democracia Cristiana, tiende a articular el carácter monolítico de un Estado concebido al estilo del siglo pasado en un pluralismo de poderes lo más cerca posibles de su puesto de soberanía democrática, es decir, el pueblo: es el caso de un Estado monolítico que se auto-reforma y se pluraliza en la dimensión auténtica, real, de sus *regiones naturales* en lo cultural, en lo histórico y en lo administrativo.

La tercera de las consecuencias útiles para nosotros, los vascos, es que la democracia Cristiana ha sabido mantener a través de muchas vicisitudes política y administrativas una cohesión notable entre las diferentes corrientes que la integran. La Democracia Cristiana está situada en el centro inevitable entre las dos fuerzas opuestas de los extremistas de izquierda y los de la derecha, y que, como dicen los políticos

democristianos no hay que confundirlo con el "centrismo", que no es sino una "fórmula gubernamental". Así escribía don Sturzo en 1924 que la posición del *centro* no es una posición de táctica, sino de programa, que abarca las más diversas tendencias económicas y sociales desde las socialistas hasta otras de signo capitalista moderno. El Secretario General del Partido, M. Forlani, un hombre de 46 años, ha dicho que el objetivo más importante conseguido en estos últimos diez años por la Democracia Cristiana "ha sido el ensanchamiento del Partido hacia la izquierda de la plataforma de la adhesión popular y la contribución de un creciente número de ciudadanos al progreso democrático".

Italia está dando, pues, una lección a aquellos regimenes que, como el Franquismo, se escudan en el carácter presuntamente incapaz de tolerancia y de inteligencia política de su pueblo. Italia no sólo está avanzando en los terrenos del desarrollo técnico o industrial, que es decir el económico, sino en el social, donde aún le siguen faltando /y lo confiesa la Democracia Cristiana con lealtad) en lo sanitario, en el educacional –sobre todo en el Universitario,. Como decía don Sturzo: "La libertad es como la verdad: hay que conquistarla, y cuando se la ha conquistado hay que reconquistarla para conservarla; y cuando los tiempos cambias y *las instituciones evolucionan*, hay que volver a conquistar la libertad para *adaptarla*".

Lo que por encima de todo este inmenso problema que está enfrentando la democracia italiana está salvando es la difícil operación que se está haciendo al enfermo, un enfermo consciente ya del mal que le aqueja, consciente de los riesgos que corre, consciente de que ésta, la vía del respeto mutuo, de la discusión libre, de la observación descarnada de los males que aqueja al país, es el único camino civilizado e inteligente de salvación. Son las ventajas de una operación a tiempo. Mientras tanto, el régimen franquista sigue ocultando cuidadosamente el cáncer que lo está corroyendo, y se está dedicando al arte acientífico, anticientífico, de engañar al enfermo y taponarle la boca para que no grite su dolor.

*Pedro de Eguiluz* [Martin Ugalde]